

LA MAGNANIMIDAD DE SAN MARTÍN (LOS PRISIONEROS DE MAIPÚ) POR CARLOS IBARGUREN

A mediados de febrero de 1819 San Martín fué a San Luis y se enteró allí de la tragedia ocurrida seis días antes, el 8 de ese mes: la conspiración y el fusilamiento de los prisioneros españoles de la batalla de Maipú, que aquél había confinado en esa ciudad. El Capitán, de alma siempre nobilísima en todos los momentos de su vida, quiso a raíz de la victoria de Maipú hacer llevadero el infortunio de los jefes enemigos rendidos, algunos de los cuales habían sido sus camaradas en España. En vez de tenerlos cautivos en una prisión resolvió mandarlos a San Luis, villa dormida y pequeña entonces en la desierta llanura argentina. Escribió al Teniente Gobernador de esa localidad, D. Vicente Dupuy, pidiéndole que atendiera con el mayor esmero y cordialidad a los vencidos, quienes debido a esa recomendación fueron tratados con las más delicadas atenciones. El brigadier Ordóñez, agradecido a San Martín por sus infinitas bondades, le escribió: "Debo inmensas atenciones a mi finísimo Jefe, Sr. Vicente Dupuy, teniente gobernador de San Luis; mis compañeros de armas con igual motivo así lo preconizan y todo refluje en mí satisfacción". Y el coronel Morla, otro prisionero, le decía: "La más ingrata de las criaturas sería yo si no manifestara a usted el cordial agradecimiento de mi corazón por multitud de beneficios a que le soy deudor. A usted le debo una nueva existencia, respirar un aire puro y gozar, en fin, una suerte feliz en medio de mis desgracias".

La vida deslizábase así placentera y el amor había convertido, para algunos de los militares españoles, a la pobre aldea puntana en el más dulce rincón de la tierra. Las bellas niñas Margarita, Ursula y Melchora Pringles, hermanas del alférez argentino que fué después el denodado coronel Pedro Pascual Pringles, tenían seducidos a varios de los confinados, y Melchora se había comprometido para casarse con el joven oficial prisionero Juan Ruiz Ordóñez, sobrino del brigadier. Esas horas felices se trocaron pronto en sombrías: Monteagudo, que poco antes había llegado allí, convenció a Dupuy de la necesidad de imponer a los españoles un régimen severo, y le arrancó un decreto en que se les prohibía salir de sus viviendas y visitar las casas de familia. Ello trajo un vivo malestar entre las autoridades y los confinados, quienes sabiendo que España enviaría una expedición al Río de la Plata y creyéndose favorecidos por la guerra civil desencadenada y la anarquía consiguiente, proyectaron sublevarse, asesinar a Dupuy y a las autoridades y huir para incorporarse a la montonera acaudillada por José Miguel Carrera. El complot estalló el 8 de abril y fué ahogado en sangre por el pueblo. Los jefes Ordóñez, Primo de Rivera, Morgado, Morla y más de veinte oficiales y gran número de clases y soldados españoles murieron en la refriega, y los que quedaron con vida en ese momento fueron fusilados, previo dictamen de Monteagudo. El único de los condenados cuya muerte fué aplazada, a imploración de su novia, la niña Melchora Pringles, fué el joven Juan Ruiz Ordóñez, que presenció la ejecución de sus compañeros y quedó engrillado hasta que llegara San Martín, que era esperado en San Luis en esos días.

El vencedor de Maipú llegó consternado por la tragedia. "Al verme el general San Martín"—escribió muchos años después Juan Ruiz Ordóñez a D. Mariano Balcarce—conoció que se afectó al presentarme yo, tan joven, estropeado, con una cadena tan larga que me cruzaba la cintura y tan pesada que no podía con ella. Me hizo sentar en una silla, me acarició y con dulces palabras me preguntó por lo acontecido; llamó a un ordenanza para que viniese un herrero y en su presencia me quitaron el grillete del pie con la cadena, y mandando al gobernador Dupuy, que estaba presente con mucha sumisión de pie, que inmediatamente se me vistiese con la decencia que me correspondía y el trato consiguiente y quedase hasta nueva disposición arrestado en el cuartel. A las dos horas vino al cuartel el gobernador Dupuy dándome la mano y diciéndome:—Está usted perdonado de la vida por la patria y por el Excmo. Sr. D. José de San Martín". La magnanimidad del Libertador permitió que la sangrienta tragedia de los prisioneros de Maipú, en la que se mezclara el amor y la muerte, tuviera su fin en un idilio.

